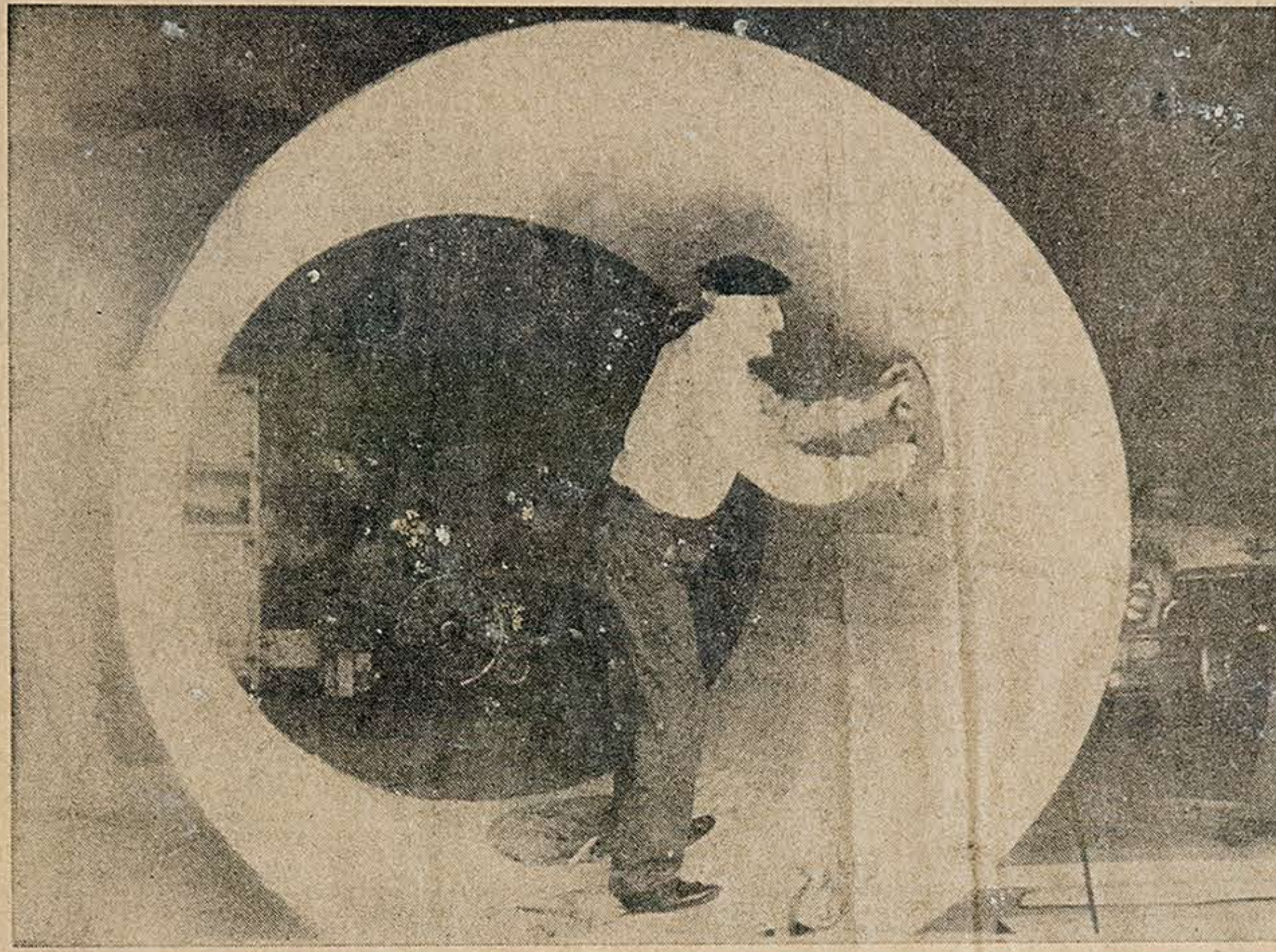


ventana a euskalerría



El último y único artesano

CON 83 AÑOS, JOSHE MARI DE GARCATEGUI CONSTRUYE GIGANTESCAS "KUPELAS"

Testimonio de unas cenas-bien regadas-en la sidrería
más típica y con mayor solera de Guipúzcoa

Fue durante una reunión en Tolosa —un campeonato de sidras— donde me sorprendió el perfil, puramente escueto, de un anciano. Era una cara vasca por definición, una cara de recuerdo de un viaje por Euskalerría, una cara de talla en madera o tarjeta postal. Se trataba de don José María Lizeaga Zuaznabar, de 82 años, propietario de la sidrería "Garciategui", de Astigarraga y conocido entre los aficionados a la sidra como "Joshe Mari de Garciategui". Naturalmente y a su edad, el negocio de la sidra descansaba sobre los hombros de su hijo Víctor, que competía con ella en los campeonatos provinciales.

Había otra cualidad —me dijeron— que resaltar en la personalidad del singular anciano y es la de que fabricaba personalmente sus propias cubas de sidra o "kupelas". Don José María no sólo preparaba con su hijo buenas sidras sino que —excelente artesano— construía y montaba las enormes cubas de más de dos metros de diámetro donde tradicionalmente se almacenan los glaucodados mostos de la manzana.

SIGLO Y MEDIO DE EXISTENCIA

Aún pasó algún tiempo antes de que se me ofreciese la oportunidad de llegar por "Garciategui", y cuando lo hice don José María estaba enfermo, así es que no tuve ocasión —todavía— para un sabroso diálogo con el viejo, aunque sí de introducirme por todos los recovecos de la sidrería y de participar gustosamente en una típica cena

de amigos al amparo de las formidables "kupelas". "Garciategui" es la más típica sidrería vasca si las hay, con todas las características y todo el encanto de más de un siglo y medio de existencia en la penumbra espesa de sus rincones, en el aroma indefinible del aire impregnado de savias vegetales, en la impresionante sucesión de un arsenal de enormes cubas que más parecen proyectiles para un juliovernesco viaje a la Luna. Veintitún "kupelas" se alinean en el "kupelategui" de "Garciategui", con una capacidad media de cinco a siete mil litros cada una, e incluso hay alguna que llega a los 12.000 (Víctor Lizeaga Arreto, el hijo de "Joshe Mari" me asegura que las hay mayores, como una de 30.000 litros que existe en la bodega "Zapirain", en el caserío Rekalde de Astigarraga). Las "kupelas" ocupan la planta baja del edificio, como es natural, y en el piso superior se encuentra la prensa o "tolare". Aún más arriba, en el desván o gambara, se halla el depósito para las remesas de manzanas, que ocupan, desparramadas, casi toda la planta.

CENAR EN SIDRERIA

En el centro de la amplia bodega hay una mesa y, a su lado, un asador de carbón vegetal encendido. Nos habíamos reunido una docena de comensales y las viandas estaban listas sobre el tablero desnudo. El menú es siempre el característico de estas reuniones, que los amigos que me han invitado celebra todos los viernes: tor-

tila de bacalao y grandes, enormes chuletas que se van colocando sobre el asador. Ya en la boca, el bacalao exige el gratísimo acompañamiento de la sidra y comienza un descorche de botellas que se alargará entre comentarios, gracias, anécdotas y buen humor a todo lo largo de la cena. La sidra es excelente y el grupo de amigos,

(Pasa a la Pág. siguiente)



Una clásica escena de sidrería. Comer y beber fuerte, al socaire protector de las «kupelas»

Joshe Mari Garciategui:

"NADIE ME ENSEÑO, PERO SI UNO SABE HACER RUEDAS, YA PUEDE HACER CUBAS"

"Una kupela no tiene precio,
no se paga en dinero"

Mientras hablo con Joshe Mari de Garciategui contemplo su asombroso perfil de escultura euskérica viviente, que tiene, por cierto, una réplica exacta en su hijo Víctor. Quiero empezar por el principio y aprovecho una pausa, entre bocado y bocado a la tortilla, para preguntarle:

—¿Don José María cómo aprendió usted el oficio de constructor de «kupelas»?

—Empecé a hacer pruebas y me han salido bien. La primera fue el número «4». Ahí está, para recuerdo.

—¿Pero nadie le enseñó?

—Nadie. Yo aprendí a hacer carros, era carretero. Y a hacer ruedas. Si sabe uno hacer ruedas, ya puede hacer cubas.

—¿Cuántos años hace que hizo la primera?

—No sé exactamente. Setenta años o así.

—Setenta años. Muy joven era usted entonces...

—Muy joven, a los 70 años?

—¡Ah! ¿Que hizo a los 70 años la primera cuba?

—Sí, sí, a los 70 años... tonelero, «kupelegilla»...

—Parece mentira. ¿Y es difícil hacer una «kupela»?

—No sé. No sé. A mí no me ha costado.

—¿Pero qué es más difícil, hacer bien las duelas, las piezas, o montarlas?

—¡Haces bien las tablas, enseguida se monta.

—Un problema será el doblar las duelas ¿no?

—No porque la madera siempre tiene alguna curva, y se aprovecha. Y si necesita un poco más, pues más. Para que se compense una curvatura con la otra, en el centro le doy más ancho a la tabla, claro.

—¿Cuánto tarda en hacer una «kupela»?

—Depende mucho del tiempo que haga, porque si hace buen tiempo me voy a la huerta y si hace malo, trabajo en la «kupela».

—¿Cuántas «kupelas» ha hecho?

—Cinco completamente nuevas. Y arreglos de otras, doce o trece.

—¿Cuál es la mejor que le ha salido?

—Ninguna tiene goteras y eso es una cosa grande... La mejor hecha la número «4», la primera, con mucha paciencia. La familia me dice: «Esta es de recuerdo, aitona»...

—Oiga, don José María, ¿cuántos constructores de «kupelas» quedan?

—Muy pocos, o nadie. Antes uno en «Lakaxene», de Martutene, y otro en «Palantxa Berri», en Hernani, pero ahora ya no...

—¿Y qué precio tiene una «kupela»?

—No tiene precio, es un trabajo que no se paga con dinero. El precio de costo depende del material empleado. Esta última he hecho de cerezo y de acacia. El cerezo da mejor gusto. La acacia también es buena, con un poco de deje.

—¿Ha vendido alguna de las que ha hecho?

—No, no. Yo no pienso vender. ¡Trae un poco de sidra, oye. Se me traba la lengua y... (risas generales).

—¿Enseña usted a alguien el oficio?

—Este me ayuda (por Víctor, su hijo), y un sobrino también tengo... para montar solo. Ahora dice que va a empezar a hacer cubas.

—¿Le gusta a usted la sidra?

—Sí, ya lo creo. Me gusta. Te diré. El año pasado veintisiete botellas entre cuatro...

—¿Veintisiete botellas?

—Sí, con unas chuletas aquí. Y luego fuimos a Petritegui y allí nos sacó un señor otras dos. Total veintinueve botellas.

—El año pasado y con 82 años. ¿Y qué? ¿Mareado?

—Con la makilla ya iba un poco así, así, pero la cabeza, nada. Borracho no he estado nunca. Mira, en mi vida no he pegado a nadie ni me han pegado. Pero el nombrar a Joshe Mari de Garciategui era siempre un respeto para la comunidad.

—¿Y siempre ha sido usted tan fuerte?

—Ya te voy a contar... En esta casa, cuando yo llegué, había una mujer casada, y ocho solteras. Hacía falta un hombre para el caserío... Una vez pasó que vino aquí una cuadrilla, con Ventura Elizondo, campeón de España de lanzamiento de peso... Yo había venido también aquella tarde a ver a la novia... (Don José María narra lentamente, entre la atención de todos). Estaba también Zapaterito el pelotari, muy fuerte aquí y me retó a echar un pulso... Todavía nadie me ha tumbado al pulso... A Zapaterito le dije: «Todavía estás tranquilo... Pero el otro estaba ahogado ya... «Amigo, no eres malo» —le dije—. «A mí no me has tumbado pero no eres malo»... Después, un mates de Carnaval, volvieron todos a cenar unas chuletas. Elizondo me dijo que si quería lanzar peso con él. Yo nunca había visto lanzamiento de peso. Pidió cinco tiradas y que haríamos dos de prueba y volvieron otro día. Yo nunca había visto una bola de aquellas. Llegaron cuando estaba recogiendo la leche. ¿Dónde está la pelota esa? pregunté... Hicimos una prueba y se juntaban y hacían comentarios. Prepararon el campo de tiro y Ventura me dijo: «¡Tú igual la echas al tejado... «No te preocupes —le contesté— que la bola va a ir bien por abajo»... Me dio la bola de siete kilos y medio y la tiré: 12,47 metros. Lanzó después Ventura y... 11,35. Como estaba entrenado las tiraba muy bien y caían todas cerca una de otra y comentaron si no sería un «txutro» mío el que hubiera ganado. Me preguntaron si quería otra tirada... «A mí no me importa» —les dije—. Tiramos los dos otra vez y llegué con el peso 55 ó 60 centímetros aun más lejos... Allí se acabó la fiesta.

—Admirado, ¡qué fuerte era usted!

—Fuerte de joven sí era, esa es la verdad. Pesaba 95 kilos cuando fui a la mili y no sabía dónde tenía el estómago. Nunca me han gustado las fanfarronadas, pero las cosas vienen así y cuando vienen así, se demuestran... Me da pena haberte dicho todo esto. Los disparates que he hecho de joven ¿para qué vas a publicar en el periódico? ...

Z.